Reportaje
(Historia y ficción)

El ataque de los Pichilingues

Abelardo Ahumada

Ahumada, A. (2007). "El ataque de los Pichilingues".
Interpretextos. 1(1): 59-102

Introducción

Piratas, corsarios, bucaneros o filibusteros habían llegado a la costa colimense desde cuando menos el año de 1567, cuando el corsario holandés Francisco Chambric atracó en "el puerto de Navidad",[1] que seguía perteneciendo a Colima, y cuando arribaron también sir Francis Drake con su famoso barco *The Golden Hind,* en 1579, o cuando Thomas Cavendish lo hizo una vez el 2 de septiembre de 1586[2], y otra en agosto del año siguiente, tras de haber atacado a la nao *Santa Ana*, procedente de las Filipinas con dos de sus naves, una de ellas llamada *Desireé*.

Mientras transcurría el lento siglo XVII, hubo algunas ocasiones en las que la modorra y la monotonía que parece haber caracterizado la vida de los colimotes de ese tiempo tuvo que fracturarse. Entre los eventos que la quebrantaron e hicieron vibrar de miedo y deseos de aventura a sus gentes, estuvo la presencia dicha de los piratas. Antes, sin embargo, de referirnos a esos eventos, es justo hacer mención que, aun cuando Salagua y todo el litoral en sí estaban casi enteramente despoblados, no eran pocas las noticias que se concretaban en esos lugares. Como cuando, en mayo de 1602, pasaron por el puerto unos expedicionarios que iban a reconocer las costas de las Californias.

Ese año, el día 5 de mayo, salieron desde Acapulco cuatro embarcaciones a reconocer las Californias y a establecer una base en ellas. Al mando iba el navegante Sebastián Vizcaíno, quien por las vueltas que da la suerte, trece años después habría de tener una importante participación en la defensa del puerto y de Colima.

A su paso frente a nuestras costas el "cosmógrafo mayor" de la expedición, don Jerónimo Martín Palacios, iba tomando nota puntual de las características de la misma. Notas que afortunadamente todavía existen y se pueden consultar. En ellas,

después de haber dicho que en el morro, o la Punta de Suchissi, a cuyas espaldas estaba la Sierra de Maquilí y terminaba la provincia de Motines, el "cosmógrafo mayor" hizo la siguiente descripción:

> De esta punta de Suchissi (quizá el sitio que hoy llamamos el Mirador de San Juan de Alima o algún otro accidente orográfico más cerca de Boca de Apiza) va la costa de tierra llana, de manglares, y a una legua de la dicha punta está un río que baja de la serranía, llámase este río de Colima (seguramente confundi - do con el actual Coahuayana,pues el Colima nunca desemboca al mar); prosiguiendo la costa están unas lomas bajas llanas [...] cerca de la playa, y al remate de ellas, de la banda de les sueste están las pesquerías de Colima, y de ellas al nordeste, va perlongando un valle de por en medio de unas lomas gruesas, llamase el Valle de Caxitlan, a donde hay muchas huertas de cacao y si se hace un claro (es decir, si no hay nubes) se verá el volcán de Colima que está quince leguas de la mar y echa humo, y a dos leguas de estas pesquerías por la costa adelante está el puerto de Salagua... (en el cual)... hay una playa grande llena de arboleda verde... un puerto muy bueno y grande para muchas naos, muy abrigado y seguro...tiene leña, madera, y agua

> hallarase en medio de la ensenada en donde está un platanal, y de él al pueblo (de Totolmaloyan, cerca del cual se estableció después la hacienda de Mira flores) hay dos leguas.[3]

Por lo que corresponde, ahora sí, al tema que trataremos, cabe anticipar que hacia finales del año de 1615, hubo unos piratas que llegaron hasta Salagua, y a los que en forma particular algunos coterráneos identificaron como Los Pichilingues.

Intrigado acerca de por qué se les habrá dado tal denominación, abrí el Diccionario de la Real Academia de la lengua española y otros de menor alcurnia, advirtiendo que el sustantivo pichilingue lo manejan como sinónimo de corsario, pirata y/o filibustero, pero sin definir si este vocativo era de usanza general o un simple regionalismo del occidente de la Nueva España. Dato por el cual expongo la posibilidad de que haya sido aplicada exclusivamente a los piratas de origen holandés, para diferenciarlos de los filibusteros ingleses, o algo por el estilo.

Más allá, sin embargo, de todas estas averiguaciones, el hecho fue que durante los primeros días de quincena de noviembre de 1615, Colima entera se convulsionó con la noticia de que el 26 de octubre anterior, el pirata holandés Jorge Spilberg (Dutch Admiral Joris van Speilbergen), quien merodeaba por la costa de la Mar del Sur con su flota de cinco navíos en busca del Galeón de las Filipinas, había interceptado y capturado "frente a las costas de Zacatula, un barco cargado de perlas y pescado, de la Compañía Pesquera de Tomás de Cardona, que de las Californias volvía al puerto de Acapulco", y que con toda probabilidad, muy pronto tendría que hacer acto de presencia en Salagua, para proveerse nuevos bastimentos frescos, agua y leña.

El trabajo que presento a continuación es una especie de reconstrucción novelada de los hechos que se suscitaron en la Villa

de Colima y en la despoblada Salagua, a partir, precisamente, de que se supo de esa noticia y hasta que los piratas de Spilberg fueron echados de la bahía colimota, por la gente vecina y los militares que heroicamente los combatieron.

Para lograr esta reconstrucción fueron revisados y cotejados al detalle los apuntes y los mapas que afortunadamente tomaron e hicieron, cada uno por su lado, el capitán Vizcaíno, el capitán Cardona y el almirante Speilbergen, mismos que junto con otras notas y comentarios aparecen en los anexos históricos al final del relato.

EL ATAQUE DE LOS PICHILINGUES
(Reconstrucción de Hechos)

Villa de Colima, 29 de diciembre de 1615.

1 Le aplicaron garrote, general. Lo ataron a un árbol de guamúchil en un potrero afuera de la villa. Agonizó durante media hora. Luego echaron su cuerpo a una hoguera y el verdugo no se retiró de allí hasta que del cuerpo sólo quedaron cenizas. Fue la cosa más triste del mundo. Para mí que la sentencia fue muy injusta, totalmente desproporcio-
nada.

2 ¿Quién era el difunto, padre Bernal? ¿Cómo se llamaba?

3 Se llamaba Francisco Ruiz, era un indio del pueblo de Tuxpan, ahí por el barrio de Nativitas. Yo lo conocí, era un buen muchacho, pero tenía el sexo muy fuerte. Eso fue lo que lo perdió.

4 ¿Acaso violó a una española?

5 No, señor, ¡no! El muy tonto, como había venido a trabajar acá y se había quedado su mujer en Tuxpan, tal vez se

emocionó con alguien y, no hallando con quien saciar sus sentidos, se encontró por ahí, en el camino de San Francisco, la mula amarrada del padre Agustín López, y con ella cometió el pecado.

6 Un pecado muy feo, sin duda. ¿No, señor cura?

7 ¡Desde luego que sí! ¡Desde luego que sí!, pero no tanto—a mi ver—, para merecer la muerte.

8 Bueno, ¿pero cómo se enteró el juez?

9 Es que lo vio otro indio de San Francisco que andaba cortando leña cerca de ahí. Indio que a los pocos días, sintiendo seguramente recargo de conciencia, vino y lo denunció ante el alcalde mayor, nuestro muy exagerado amigo Rodrigo de Ibarra.

10 ¡Qué lástima, pues! ¿Pero qué a ese tipo de sentencias no se les pone a consideración de la Real Sala del Crimen?

11 Sí, general, y así se hizo. Pero lo más triste de todo eso fue que, como el muy ignorante Francisco Ruiz aceptó haber cohabitado con el animal, ya nadie pudo exculparlo de nada, y ahí tiene usted que, hace una semana, el domingo 22 de diciembre, saliendo de misa, toda la gente morbosa de la villa y los ranchos y pueblos de alrededor, se fue al tianguis de la plaza, y se puso a matar el tiempo allí, hasta que tocaron las trompetas y sacaron al pobre Francisco, pálido, asustadísimo, incapaz para poder andar. Lo treparon, ¡oh paradojas de la justicia!, en otra mula muy parecida a la del padre Agustín. Lo ataron de pies y manos, le pusieron una horca simbólica al cuello y, como es costumbre, lo sacaron a exhibir por cuatro o cinco calles de la villa, y se lo llevaron a completar su sentencia en un potrero que linda con el camino que va para Salagua. ¡Oiga!, a propósito de Salagua, dígame ¿cómo les fue con los famosos piratas? Cuando estuve en Valladolid supe que usted había regresado a Colima coronado con los laureles de la victoria. Pero viéndolo tan tranquilo y estando yo

preocupado por la muerte de aquel pobre indio se me olvidó preguntarle cómo le fue. Discúlpeme usted.

12 Nada, padre, no fue nada, pues los cobardes huyeron.

13 ¿Huyeron?[...] Tal vez sí. Pero comentarios que he oído aseguran que usted fue quien hizo huir a los pichilingues. Platíqueme, ya ve como me intereso por eso detalles.

14 Lo haré, padre, pero más al rato. Ahorita debo de ir a las Casas Reales porque acaba de llegar el sargento Hernando de Alarcón de una comisión que le encargué y quiero escuchar su reporte. Lo invito a comer. Vaya hoy a mi casa, que ya tengo invitados al señor alcalde, al capitán Rodrigo Brizuela, a los hermanos Vitoria, a nuestro antiguo escribano Jerónimo Dávalos y a nuestro queridísimo y bien humorado cirujano Martín Hernández.

15 Si va don Martín quiere decir que habrá una buena partida de naipes.

16 Calle, padre, que la plebe no debe saber eso. ¿No ve que está prohibido?

17 Ja, ja, nos vemos pues en la tarde.

18 Si, pero vacíe el cepo de las limosnas y lleve su morrallita.

19 ¡Ah que mi general, ya ni la burla perdona!

A la una se comenzó a vaciar la plaza y el sargento Alarcón sacó tres reos de la cárcel y los puso a recoger y a barrer los restos que dejó el comercio en el tianguis. En el azul intenso del cielo de diciembre una parvada de zopilotes sobrevoló la villa y se fue a posar en las ramas más altas de las higueras del río, mientras unos arrieros que se detuvieron a oír la misa dominical salieron con su recua cargada de botijas peruleras llenas de vino de cocos con rumbo los reales mineros de Guanajuato, San Luis Potosí y Pachuca.

A las dos el doctor Juan Bernal de Zúñiga, cura beneficiado de la parroquia de Colima, salió del templo revestido con su

sotana y sombrero, cruzó la plaza ya casi totalmente limpia, se metió por el portalito del convento de La Merced, dobló por la Calle Real hacia el río, caminó cien pasos y se metió sin tocar y sin anunciarse hasta el jacalón de muros de adobe y techo de paja que servía de morada provisional al general Sebastián Vizcaíno, quien ya se hallaba con varios de sus amigos junto a los mangos en el traspatio, casi en el playón del río.

Dos esclavos negros estaban terminando de regar y barrer un trozo de piso bajo los árboles y dos muchachas indias, de buen ver, iban y venían desde la casa al traspatio, llevando loza y manteles para las dos mesas de madera tosca que el general había mandando colocar cerca de su hamaca favorita, donde solía disfrutar la frescura que llegaba desde el río, y desde donde esa tarde dominical veía chapotear a los niños de algunas familias que aprovecharon para salir de paseo.

20 En esta tinaja, señores, hay agua de jamaica; en la botija un vinito de cocos muy bueno que me trajeron hace unos días de una huerta de Xicotlán y aquí el padre Bernal acaba de honrarnos trayéndonos un buen caldo español de las vegas del Duero, que a su vez le regaló un amigo del señor obispo en su último viaje a Valladolid. Botella que propongo que nos bebamos al último, como al último se bebieron el mejor vino en las bodas de Caná.

21 ¡Que no se diga más, señor general, bebamos primero los productos de esta tierra y enseguida honremos los recuerdos de la Madre Patria! —brindó en voz alta el cirujano Hernández.

22 ¡Muy bien hablado, don Martín, que uno debe de acostumbrarse al vino de la tierra como a los amores cercanos, porque los amores de lejos, ya saben, son para los...

23 ¡Sht, don Jerónimo, que está el señor cura entre nosotros!

24 ¡Que los amores de lejos son para los ilusos y soñadores iba a decir yo!
25 Y bien que lo ha cumplido amigo Vitoria, ya supimos que quiere emparentar aquí.
26 ¡Sí, hombre! ¿Cuándo será la boda?
27 ¡Caramba! Todo se sabe en la villa.
28 Nadie puede tener secretos en nuestra Colima, con eso de que las paredes son de palos y los techos son de paja.
29 Es que a todos les falta discreción. Si hicieran las cosas con tiento, nadie tendría por qué enterarse.
30 Y, ¿usted creé, don Juan Ochoa, que nadie sabe de su asunto con la mulatita esa?
31 ¡Ah, diablos! ¿Acaso lo sabe usted, general?
32 Aunque mi obligación sólo va en la línea de estar bien informado de los asuntos públicos, no falta por ahí quien me vaya poniendo al tanto de una que otra cosilla que atañe a sus vidas privadas. Por cierto que lo felicito, amigo don Juan, que yo ya he visto a la mulatilla y bien vale la pena las escapadas al rancho que usted se da.
33 ¡Diablos, diablos, y yo que creía que todo esto estaría oculto por un buen rato!
34 Oculto está pero no para nosotros. Usted no se preocupe, que aun cuando no tengamos que guardar, como el señor cura, el secreto de confesión, nada de lo suyo se habrá de saber por boca nuestra. ¿O no, caballeros?
35 ¡Nada, por vida suya! Siempre y cuando ninguno divulgue lo que en esta mesa de hombres de honor y valer se haya que decir hoy y otras veces! ¡Brindemos por el secreto de don Juan Ochoa y porque el padre Bernal pueda hacerse el disimulado por pecadillos como ése!
36 ¡Sí, sí, brindemos!
37 ¿Usted, padre, no brinda?
38 ¡Granujas! Brinden ustedes, no me metan a mí en sus ruindades.

39 No se enoje, padre. Que si la vida está llena de peligros y en cualquier momento se puede acabar, es bueno que a veces se dé uno gustitos como el que se da don Juan con su mulatita.
40 ¡Qué mulatita ni qué ocho cuartos! Pero, ya que hablamos a propósito de peligros, yo sí le pediría al general Vizcaíno y al
capitán Rodrigo Brizuela que nos comentaran cómo fue lo del ataque de los pichiligues.
41 ¡Cierto, que hechos heroicos como ése ocurren aquí menos que cada venida de obispo!

Mientras el general introducía el oxidado tirabuzón al corcho de la botella de las vegas del Duero, una oleada de viento arrojó flores de mango a las mesas y una garza blanca atrapó un chigüilín en el río. Luego, cuando el leve estampido del corcho al salir se escuchó, dos iguanas que se asoleaban en la albarrada de piedra se metieron a sus escondites y hasta los hispanos más rudos evocaron a sus padres y sus querencias del otro lado del mar.

42 Antes de comenzar el relato los invito a ponerse de pie, que quiero brindar por Andalucía y por unos ojos negros y relucientes que dejé llorando cuando partí hacia esta América de mis dolores.
43 Y yo quiero brindar por Jaén, el pueblito donde nací y del que un día hace veinte años salí con la esperanza de volver pronto y muy rico.
44 Si de brindar se trata ¿cómo no hacerlo por mi Granada y las hijas de las moras que habitaron en el harem del sultán de Córdoba?
45 ¡Yo brindo, si ustedes me lo permiten, por la catedral de Santiago, patrón de mi tierra santa y de esta iglesia en la que me tocó servir!

46 Yo no brindo, porque si brindo lloro. Sentémonos mejor y escuchemos al general.
47 Yo le pediría al capitán Brizuela que comenzara él.
48 No, mi general, el mérito es suyo y usted sabe mejor que nadie lo que sucedió.
49 De acuerdo, yo hablaré de lo que pasó en Salagua, pero usted póngalos en antecedentes de cómo se fue dando todo eso.
50 Como usted guste, mi general, pero antes, con su permiso, voy a incrementar el caudal del río.
51 Pues le acompañaré a usted porque no quiero perderme luego nada de su interesante charla.
52 Atando cabos yo me he puesto a pensar que todo comenzó el año pasado de 1614. Y que así como el Demonio inspiró al pirata Joris van Speilbergen, o Jorge Spilberg, como le dicen, a salir de su tierra para darle la vuelta al mundo haciendo el mal por donde pasara, así Dios Nuestro Señor, que todo lo sabe y lo previene, ordenó las cosas de tal modo que, cuando menos en lo que toca a nuestro pequeño puerto de Salagua, el pirata, con todas sus mañas, simplemente no pudo hacer nada y tuvo que salir de allí derrotado, huyendo de nuestras escasas fuerzas.
53 ¿Cómo es eso, capitán, de que todo comenzó el año pasado si apenas hace pasadito un mes de la refriega en Salagua?
54 Permítame, mi muy querido cirujano brindar por usted esta copita, que enseguida les voy a explicar: Verán ustedes, a principios del año pasado, unos comerciantes holandeses muy ambiciosos, puestos de acuerdo con el gobierno de su país, pensaron enriquecerse como los corsarios ingleses, a costa de lo que desde las colonias ultramarinas de toda la América se estuviese enviando a las coronas de España y Portugal. Para eso tramaron en secreto, protegidos por el velo legal de la Compañía

Holandesa de las Indias Occidentales, una partida pirata, y comisionaron para encabezarla a Joris van Speilbergen, quien, entre otras menudas órdenes llevaba la de interceptar cuanto navío español se encontrase en el Pacífico, viajando entre la Nueva España y las Filipinas.

Spilberg debió haber zarpado de Tessel, Holanda, en la primavera de 1614, con seis navíos bajo su mando: el Groote Sonne, que significa El Sol, como nave capitana, armado con 48 cañones; la Grotte Maane, o La Luna, con igual número de cañones y cuatro barcos más chicos llamados Morgensterre, Aeoulus, Jaeer y Meeuwe, de cuyos nombres desconozco el significado.

Cruzaron por el Estrecho de Magallanes durante el pleno invierno del hemisferio sur, que para nosotros es el verano, y muy pronto comenzaron a hacer de las suyas en Valparaíso, El Callao y otros desprevenidos y casi despoblados puertos de Chile y Perú, saqueándolos y tomando rehenes para pedir posterior rescate.

A principios de octubre, el terrible corsario llegó hasta Acapulco, doblegó sin ningún problema al barco que lo resguardaba y luego le propuso al capitán del mismo canjear algunos de los prisioneros españoles que atrapó en el Perú por víveres y agua. Canje al que desde luego accedieron.

Mientras todo eso sucedía, el Dios providente que les acabo de decir, hizo que nuestro amigo, el general Sebastián Vizcaíno, volviera con buenos vientos de la expedición al Japón que le encomendó nuestro virrey, don Antonio de Velasco, y atracó en Zacatula, llevando de inmediato su reporte y las mercancías que trajo a México. Ya estando allá, le pidió permiso al virrey para pasar un tiempo en tierra, precisamente en Colima, y éste se lo concedió.

Aparte de ello, déjenme decirles que, también el año pasado, tal vez un poco antes o un poco después de que desde

Tessel zarpara Spilberg, zarpó también, pero desde Cádiz, el capitán Nicolás Cardona, con instrucciones de parte del rey para reconocer las costas y el territorio de las Californias. Llegó a Acapulco a principios de este año de 1615 y el 21 de marzo zarpó desde allí hacia las Californias con tres navíos y una lancha, llevando una tripulación integrada por gente blanca de mar y tierra, y unos negros muy hábiles para bucear, especializados en el rescate de perlas.

Pasó por Salagua unos días donde reparó uno de sus barcos, se proveyó de agua, carne y frutas frescas y se fue a cumplir con su comisión. En septiembre, este septiembre que acaba de pasar, habiendo hecho algunos interesantes descubrimientos en la California y sus costas, consideró prudente volver a la Nueva España con la Nao Capitana a dar noticia al virrey de lo que en aquella navegación se había visto, y se preparó para ello. Ya en octubre, de regreso para Acapulco, volvió a tomar puerto en Salagua, donde uno de los tres vigilantes le comentó acerca de los atracos que Jorge Spilberg había estado cometiendo en los puertos del sur, pero ignorando éste que el pirata ya se encontraba surto en Acapulco, hacia donde precisamente se dirigía el capitán Cardona.

Prevenido, como quiera, con esa información, Cardona dejó Salagua a mediados del mes y bogó de nuevo hacia el sureste, pero, debe de haber sido entre el día 17 o 18 cuando, yendo ya frente a las costas Zacatula, resistiendo un fuerte tumbo de mar y navegando con muchos trabajos, se encontró de repente con cinco galeones que venían en sentido contrario y se atemorizó pensando que pudiesen ser las naves que comandaba el corsario, pero como estaban todavía muy lejos no los pudo reconocer, y cuando ya lo hizo era demasiado tarde para poder escapárseles. Intentó, sin embargo, cambiar de rumbo para regresar y acelerar su escape, pero la falta de viento favorable se lo impidió. Quiso entonces aproximarse a

la tierra para varar la nao, e impedir así que los piratas se la pudieran llevar, pero tampoco pudo, porque ya para entonces los barcos del corsario se habían dado cuenta de sus maniobras y acercado lo suficiente para rodearlo.

Desesperado, el capitán Cardona hizo bajar la lancha grande de remos y una chalupa que con ellos llevaban, ordenando a los marineros que cupieron en ella remar con todas sus fuerzas para ayudar al piloto a llevar el barco hacia la orilla.

Contra eso, sin embargo, el enemigo también reaccionó y echó cinco lanchas al agua con veinte mosqueteros en cada una, los cuales, a fuerza de remos casi les dieron alcance y les comenzaron a disparar; con lo que impidieron la maniobra de Cardona, los obligaron a dejar el barco y los forzaron a huir, a él y a sus compañeros, hacia la rocosa orilla.

Dice este capitán, y lo sé de primera fuente porque a mí me lo contó allá en Salagua, que algunos de los marineros que se habían quedado en el barco en donde venían de las Californias, y otras gentes que los acompañaban, prefirieron lanzarse también al mar para no verse presos por los piratas. Que nadaron con muchos esfuerzos y que, finalmente, después de arduos trabajos y de recibir varios golpes y heridas en las rocas poco sumergidas que en esa parte de la costa existen, salieron casi todos a la playa, donde recibieron auxilio de unos indios habitantes de la región.

Desde allí Cardona mandó su primer mensaje con un indio para prevenir al vigía de Los Motines de la posible llegada de las embarcaciones piratas. Cuando el vigía lo supo no se quitó de su puesto ni de día ni de noche y, en cuanto avistó a lo lejos los cinco galeones y al barco de California que iban rumbo al noroeste, salió corriendo a matacaballo para traer el aviso a los vigías de Maquili, y luego éstos a los de Petlazoneca y los de Petlazoneca a nosotros. Mensaje que nos llegó en día y medio.

Ya con esta información por delante, el general Vizcaíno y nuestro amigo el señor alcalde mayor, se pusieron de acuerdo y mandaron de inmediato los pregoneros a los pueblos vecinos para juntar gente de guerra que viniera auxiliarnos. ¿No fue así, señor alcalde mayor?

55 Así sucedió, en efecto. Mandamos convocar a la gente y tuvimos que ser firmes con ellos, sobre todo con los mestizos y los mulatos que constantemente huyen de estos servicios. Les prohibimos a todos los habitantes hombres salir en esos días y bajo ningún pretexto de nuestra jurisdicción, ordenándoles que se presentaran de inmediato en la Villa de Colima, previniéndoles que, de no hacerlo así les condenaríamos con dos años de destierro y veinte días de cárcel...Vinieron, desde luego, la mayoría de los hombres que se creyeron hábiles para empuñar un arma, pero aquí, el general Vizcaíno, más diestro que yo en estos menesteres, los puso a prueba, desechó a todos quienes por ser muy gordos, o demasiado flacos, o enfermos, o tuertos podrían ser inútiles; seleccionó a los más aptos y los distribuyó lo mejor que pudo, según las aptitudes de cada cual, entre la infantería, la caballería y sus necesarios e indispensables cocineros y cargadores, juntando ciento sesenta y dos hombres por todos, en cinco días de grandes trabajos y apremios... Nos disponíamos ya a salir con toda esa tropa reunida, cuando llegó desde Sayula el alférez Gonzalo Arias, con veinticinco hombres más, todos en sus caballos, y así nos fuimos hasta Salagua, cortando camino por los atravesaderos de San Pedro Coquimatlan y el cerro de la Media Luna, no sin antes encomendarnos a nuestra Santísima Señora, la Virgen de Guadalupe. Pero, de lo que sigue, tal como se acordó al principio, habrá de platicarnos el general.

56 Yo con mucho gusto lo haría, pero miren, ya don Jerónimo se durmió, don Juan está cabeceando y yo estoy que me

muero de asco por los vómitos que arrojó nuestro escribano atrás de la cerca y cuyos agrios aromas tan plácidamente nos trae el viento. Les propongo, entonces, que nos vayamos a sestear un rato, que esperemos que el padre diga su misa de la tarde, y que, ya en la noche vayamos a cenar con El Gordo Berrugo, donde continuaríamos nuestra charla. ¿Les parece bien, mis amigos?

57 Conforme, mi general, nos vemos en la nochecita.

El padre y los demás amigos salieron a la calle vacía a esa hora. Caminaron una vez más los cien pasos que los separaban de la plaza desprovista de árboles, y se fue cada uno a su hogar.

A las cinco y media sonó la primera llamada de misa. A las seis la última y el párroco retomó en su prédica el tema de la matanza de los Santos Inocentes que se celebró la víspera, aprovechando para expresar su idea de que la condena del indio Francisco Ruiz había sido excesiva y con gran falta de misericordia. Dato que no se le escapó a la señora esposa del alcalde Rodrigo de Ibarra, quien de repente se sintió observada por toda la concurrencia, llenándose de rubor pese al disimulo que intentó ostentar.

A la salida de misa ya había oscurecido totalmente y sólo se divisaban en las esquinas de los portales los mecheros de aceite de coco lanzar sus débiles luces.

La gente, entonces, se separó de inmediato y se fue a encerrar a sus casas, atrancando las puertas por dentro.

El padre Bernal, sin embargo, se entretuvo con el sacristán cerrando la iglesia y la sacristía. Después cruzó la plaza en diagonal, se metió a su casa, depositó las limosnas en su arcón con llave y volvió a salir calle abajo hacia la fonda del Gordo Berrugo, pese a saber que con sólo visitar esa casa sería presa de las murmuraciones porque ahí se jugaban los naipes de apuesta.

La luz de dos mecheros de aceite y del fogón encendido iluminaban las únicas tres mesas del infecto tugurio que también servía de acceso a una huerta junto a la banda oriental del río.

Prefirió el padre permanecer afuera, de pie, mientras Vizcaíno y los demás invitados llegaban, sospechando que si venía el alcalde Ibarra, éste vendría seguramente amoscado por lo que su mujer le habría dicho acerca de la predicación en contra de la exagerada sentencia del indio Francisco Ruiz. Sin embargo, cuando llegó el alcalde éste lo hizo sin dar ninguna señal de coraje, por lo que el padre entendió que doña Beatriz había guardado silencio.

Luego llegó el capitán Brizuela y propuso que sacaran una mesa al portalito de calle, pero como hacía frío y el tiempo amenazaba con ponerse malo, decidieron ubicarse adentro y esperar al general Vizcaíno, quien no tardó en hacer acto de presencia, acompañado por su inseparable sargento Alarcón.

58 ¡Buenas noches a todos! Buenas noches, Gordo, ¿qué dice la ciática, ya te deja andar a gusto?

59 Me trae con muchos dolores, mi general, pero, dígame, ¿qué se le ofrece esta noche?

60 Dile a tu mozo que nos prepare una buena jarra de agua de coco como él ya sabe, y prepáranos tú una cazuela de tus fritangas, nomás no le vayas a echar candelilla porque si no te va a ir peor que con tus males de ciática.

61 Ah, general, ¿por qué dice eso?

62 ¿A poco crees que no me enteré de la travesura que les hiciste a los arrieros de Mateo Amézquita. El otro día me los encontré en El Platanar. Me dijeron que se habían ido de aquí aplaudiéndote el sabor del tatemado que les preparaste hace dos semanas, pero que los purgaste sin ellos saberlo. Dicen que apenas habían pasado junto al trapiche de San José, e iban comenzando a subir la cuesta de el otro lado de la barranquilla, cuando sus tripas les comenzaron a hacer una revolución y uno por uno se fueron apartando de la vereda, hasta que no pudo quedar

nadie al cargo de la recua; por lo que las mulas y la yegua caponera se fueron solas hasta el rancho de San Jerónimo, en donde el herrero las reconoció y como se le hizo extraña ver que iban solas, se acomidió a detenerlas.

63 ¡Ja, ja, ja! ¿A poco les pasó tan pronto?

64 Si, hombre, su coraje es que ahora les dicen "El Árria de los Zurrados", y son la burla de todos los arrieros y viajeros del Camino Real.

65 Ellos tuvieron la culpa, mi general. Se ganaron su premio a pulso.

66 ¿Por qué dices eso, Gordo?

67 Pues porque cuando pasaron por aquí con rumbo de Aliman, hace ya casi dos meses, llegaron y me trajeron, según eso para la ciática, un ponche de nance que hacen allá en Sayula. Al medio día me tomé unos tragos y, como consecuencia, en vez de emborracharme, no pude desocupar la panza durante cinco días seguidos de puro sufrir pujos y no arrojar nada; hasta que doña Chole la yerbera me recentó una infusión de avillo que en mi desesperación por obrar me tomé doble y me tuvo después dos días postrado de pura debilidad. Ellos creyeron, seguramente, que yo no habría podido encontrar relación entre su supuesto remedio y el tapón que como quien dice me pusieron en el c..., pero como se dio el caso de que de esa misma noche, se bebieron el resto este negro cabrón y su mujer, y a ellos también se les vinieron los pujos pero sin poder obrar, entendí que el mal nos vino a los tres con el ponche que nos trajeron esos arrieros y me hice a la idea de cobrarles cara su broma. Así que, cuando volvieron a pasar por mi fonda, disimulé con ellos como si hubiera sucedido nada y nada les hice, tampoco, para que hicieran confianza. En el ínterin llegaron dos veces a comer y los vi reírse y secretearse como si contaran chistes para ellos solos, pero les di comida normal para que no sospecharan

nada. Luego, hace quince días, como usted comenta, desde que los vi llegar le puse una ramita de candelilla al cazo del tatemado mientras les preparábamos las tortillas. Luego saqué la ramita y les puse entero el cazo en la mesa para que se sirvieran a su más entera satisfacción. ¿Así que las mulas llegaron solas hasta el ranchito de San Joaquín? ¡Ja, ja, ya me imagino a los cabrones, orillándose al camino cada cinco minutos!

68 Perdieron un día reponiéndose en el ranchito. Quedaron muy enojados contigo.

69 Estamos tablas, mi general. Y ahora ya supieron usted, el alcalde, el capitán, el sargento y el señor cura cómo comenzó la cosa. Así que no tienen ellos ningún derecho a venirme luego a joder.

70 Pues ten cuidado, Gordo, ya sabes que Jeremías Gutiérrez es muy vengativo.

71 Pues yo les pediría a ustedes que, cuando sepan que los arrieros de Mateo Amézquita vayan a volver a pasar, con disimulo me manden dos mosqueteros a que ronden por aquí cerca, por lo que se pudiera ofrecer, pero no creo que pase nada, pues para una broma, otra, y como arrieros somos, por el camino andamos, ¿qué no?

72 ¡Ándale, pues, y tráenos el cazo, pero que no vaya a ser tatemado!

73 ¡Ja, ja! Tatemado saldría yo con ponerle candelilla a ustedes.

El general Vizcaíno carraspeó para alisar su garganta antes de retomar el hilo de la narración suspendida. Todos se pusieron atentos y, cuando ya sólo se escuchaba el chirriar de la manteca en la cazuela de El Gordo, recomenzó el relato:

Siguiendo con nuestro pendiente, permítanme recordarles que, tal y como nos lo platicó el capitán Brizuela hoy en la tarde, habíamos formado un contingente con 162 hombres, y

que sumando a los 25 que sin esperarlo nosotros trajo el alférez Arias, nos hicimos 187 en total, y nos fuimos muy temprano y de prisa, el 7 de noviembre, hacia el puerto de Salagua, a donde hicimos dos jornadas completas...Allí, como bien saben ustedes, dados el calor y el gran número de zancudos que hay, no vive prácticamente nadie, sino que van allí de día, a vigilar, los dos guardias que tenemos comisionados y el indio que les sirve como ayudante, pero que regresan a pernoctar los tres en Totolmaloya, casi dos leguas corriente del río arriba.

Casi al iniciar la segunda jornada, cuando íbamos llegando al crucero del camino de la costa, como a una hora de Moyotla, oímos varias voces de castellanos que nos estaba trayendo el viento, y di a mi gente orden para callar y esconderse entre las palmas del cayacal, aguardando a que los de las voces llegaran a donde estábamos nosotros. Espera que no tardó mucho, pues muy pronto y con sorpresa vimos llegar a treinta españoles que venían con su ropa toda desgarrada y evidentes señales de hambre y cansancio en sus rostros... Adivinamos que serían los soldados del capitán Cardona, como lo eran, en efecto...Nos vieron aparecer como si fuésemos ángeles que el cielo hubiera enviado en su ayuda. Los llevamos a beber agua fresca a un arroyo que baja por ahí antes de perderse en la arena, y les dimos de comer de lo que llevábamos... Tenían ocho días caminando pese a las heridas mal cicatrizadas y a los golpes mal curados que sacaron al arrojarse al mar para escaparse de los piratas, y nos dijeron que decidieron venirse a Salagua con la esperanza de recuperar su barco en algún descuido de los piratas...Los felicitamos por su entusiasmo y, aun cuando estaban muy débiles y no llevaban sino seis armas buenas y un poco de pólvora húmeda, los sumamos a nuestro contingente y nos encaminamos primero a Totolmaloya, para ver las novedades que los vigías de allí nos pudieren acaso informar. Pero lo único que pudimos sacar en claro fue que durante los últimos

veinte días, después del barco del capitán Cardona, no había estado ningún otro en el puerto.

Como era ya tarde y además domingo 8 de noviembre, yo sentía la necesidad de cumplir con la misa dominical para mis soldados, pero como no había un capellán con nosotros, le pedí al catequista que tienen comisionado los padres de San Francisco para enseñar el catecismo a los niños de Totolmaloya que nos recitara unas oraciones y, terminándolas, hice dos cosas: puse a mis hombres a limpiar un pedazo de la playa arenosa del río para establecer un primer campamento, y ordené que, antes del amanecer del día siguiente, lunes, se fueran diez indios conocedores de la región y tres de mis españoles hasta Salagua, en donde debían tomar la chalupa de los vigías y cruzar la bahía a remo o a vela, según se pudiera, hasta llegar a un punto quieto en el mar que queda por el sudeste, en donde subirían al cerro más alto para observar con mi catalejos hacia el horizonte, hasta distinguir las velas de los navíos piratas.

Mientras ellos emprendían su labor de vigilancia, el resto de nosotros hizo un segundo campamento en un punto cercano a la playa de Salagua para librarnos del calor en el día y de los piquetes de los zancudos llegada la noche.

Transcurrió, pues, todo el lunes sin que tuviésemos novedad. Pero, el martes, como a las diez de la mañana, vimos brillar en la cima del cerro de los vigías, unos pequeños destellos que nuestros amigos nos lanzaron como señales, utilizando un escudo bruñido a manera de espejo, y comprendimos que los piratas ya estaban muy cerca... Dos horas y media después ya fue posible ver a los compañeros que venían a toda velocidad empujados por una brisa favorable, y mandé a mi gente esconderse.

Mientras llegaba la lancha a donde nosotros, acordé con el alférez Arias, con el capitán Brizuela y con el capitán Cardona los movimientos que haríamos. Dibujé sobre la arena

aplanada un croquis de Salagua y sus alrededores para entendernos, comenzando por el río que baja desde Totolmaloya. Mismo que, como casi todos los de la región, en tiempo de secas no desemboca directamente en la playa, sino que se subsume en el suelo arenoso un cuarto de legua antes, por lo que no se ve desde el mar. Ubiqué entonces, en el dibujo un cuadro en la margen poniente del río, en donde habría de permanecer el capitán Cardona con ochenta de infantería. Dibujé otro cuadro más lejos, cercano a la loma, en donde tendría que aguardar mi señal el alférez Arias con los cincuenta de caballería y, por último, dibujé un tercer cuadro frente al del capitán Cardona, en donde, a la vera del camino a Totolmaloya, río de por medio, tendríamos que apostarnos el capitán Brizuela y yo con los 84 hombres restantes, previendo que, si algo habrían de buscar los piratas con cierta urgencia, sería el agua dulce... Cuando llegaron los de la lancha los instruí para que dieran vuelta hasta la ensenada de La Audiencia y se quedaran allí, tanto para que los piratas no vieran la embarcación, como para que estuvieran a mano por lo que pudiera ofrecerse ... A las dos de la tarde del ya dicho martes 10 de noviembre, vimos por fin las velas de los cinco navíos piratas y de la nao del capitán Cardona enfilándose a la bahía. A las tres, como si conocieran perfectamente el lugar y supieran lo profundo que es allí el mar, llegaron directo frente a donde el río suele desembocar exclusivamente en tiempo de lluvias; anclaron las tres primeras naves en fila como a un tiro de arcabuz de la orilla, y las otras tres, también en fila, un tiro de arcabuz más lejos, pero nadie descendió de ellas... Tres días después, por los prisioneros que les hicimos, pudimos saber que el capitán Jorge Spilberg, les solicitó informes sobre el puerto y sus condiciones. Que ellos le informaron de la existencia de un río a menos de una legua tierra adentro, con agua muy buena, donde abundaban peces de agua dulce, y junto al que había también unas huertas de limones, otras

frutas y abundante hierba para los caballos... Con base en eso, el pirata decidió llegar a Salagua para proveerse de todo lo dicho pero que, precavido y mañoso como seguramente es, dicen que planeó primero anclar sus navíos para observar las posibles reacciones de la gente en la costa, pues no se le escapaba el dato de que, sabiéndose en todos los puertos de sus tropelías, alguien le pudiese tender alguna emboscada... Consecuentemente, Spilberg hizo lo previsto: llegó hasta Salagua, guiado por el piloto de Cardona, a quien llevaba apuntando un mosquete en el cuello. Hizo anclar sus seis barcos en dos líneas paralelas cerca de la costa y aguardó, para observar toda esa tarde y la noche.

Al amanecer del miércoles hizo preparar algunos cañones, botó dos lanchas al agua llenas de gente armada y les mandó que fuesen explorar el sitio aparentemente abandonado. Yo, al percibir las maniobras con el catalejos, le mandé decir a mis capitanes que no les estorbaran pasar, y que con su gente se fueran a esconder un poco más retirado del sitio en que acordamos con ellos para que los exploradores no los vieran y no les diésemos a maliciar que estábamos al acecho allí.

Como los exploradores piratas sabían por los mismos prisioneros del barco del capitán Cardona, que allí sólo solían estar dos españoles y un ayudante indio, iban más o menos confiados en su exploración, pero vigilando siempre. Luego, conforme veían todo desierto y escuchaban todo silencio, fueron tomando cada vez más confianza y se adentraron por la selva hasta llegar al río y donde comienzan las huertas, pero sin atreverse todavía a disparar a las piezas de caza que eventualmente se les ponían a tiro. En ese trecho fue cuanto los exploradores comenzaron a ver en el piso numerosas huellas de gente calzada, e inmediatamente captaron que ahí hubo o había muchos más españoles de los que se les había advertido y decidieron detener su avance, no obstante lo cual cabía la posibilidad de que si no hubiese llovido durante los veinte días

que transcurrieron desde que la propia gente de Cardona estuvo allí, las huellas que estaban viendo pudiesen ser las que dejaron las gentes del barco de California.

Como sea que hayan pensado, el hecho fue que volvieron hasta la playa, abordaron sus lanchas y regresaron al barco sólo con unos pequeños barriles llenos con agua del río... Suponemos que Spilberg debió haber sopesado las dos posibilidades que sus exploradores le presentaron en cuanto a la abundancia de huellas dicha, pero como el agua que les trajeron era muy poca y la que les quedaba en los barcos ya estaba rancia, y él y sus marinos estaban hartos de comer galletas, pescado y carne seca salada, se decidió a correr el riesgo y quiso desembarcar en ese mismo rato a doscientos mosqueteros para que fueran a buscar agua, caza y provisiones, pero un dignatario del gobierno holandés que iba con él, y que aparte representaba los intereses de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, le sugirió de buen modo que fuese prudente y que esperase un día más.

El pirata pidió entonces a don Martín Aguirre, uno de los prisioneros españoles que traía desde el Perú, que le redactara una carta en castellano en la que dijera que estaban allí en son de paz y sólo requerían comprar algunas vacas, huevos, gallinas y frutas frescas. Luego mandó otra lancha con instrucciones de colgar, perfectamente visible, la carta de la rama de un árbol y se dispuso a esperar...Todo lo cual, vimos desde nuestro escondite entre la espesura.

En cuanto anocheció mandé a un indio para que con mucho cuidado descolgara y me trajera la carta. La leímos a la luz de una antorcha, ocultos entre la espesura, y vimos por su contenido que los piratas estaban desesperados. Dato que me hizo sospechar que al día siguiente harían el intento de desembarcar.

Entonces, con la misma discreción que habíamos hecho lo primero, envié una vez más al indio para que colgara la carta

en la misma rama de donde la había tomado, e instruí a mis capitanes para que ocuparan sus puestos y estuviesen listos a mis señales.

Al amanecer del miércoles once entendimos que Spilberg buscó la carta con su catalejos y que, al verla en su sitio, dedujo que realmente no había nadie en las cercanías y se decidió a bajar pero, precavido una vez más, hizo botar dos grandes lanchas del Groote Sonne y una de cada uno de los otros cinco navíos y las llenó con sus mosqueteros. Los cuales deben de haber sido más de doscientos, por lo que comencé a preocuparme. No sólo porque eran más que nosotros y estaban mejor armados, sino porque, recuérdese, tenían cañones en los barcos y muchos más piratas que les pudiesen servir de refuerzos.

Comenzaron los marineros a remar y, no obstante la indudable señal de beligerancia que representaba el hecho de venir todos esos hombres con sus armas listas, los muy hipócritas hacían ondear sendas banderas blancas, en demanda de una supuesta paz.

Como no nos convenía que los pichilingues pudiesen ver lo que acontecía en nuestros rumbos, envié nuevamente mensajeros a mis capitanes con instrucciones que dejaran pasar a los piratas hasta las inmediaciones de las huertas, junto al río, dándoles un tiempo para que tomaran confianza.

Cuando así sucedió y los comenzamos a ver menos alertas, hice salir a un grupo ondeando una bandera azul, conminando a los piratas a que se dieran vuelta y regresaran a sus barcos... Los holandeses, empero, no nos hicieron caso y comenzaron a disparar. Deben de haber sido entre las ocho y las nueve de la mañana...Para fortuna nuestra su ataque inició cuando precisamente se encontraban en el playón del río, en medio de donde estaban situados nuestros dos grupos de infantería, de manera que al verse expuestos a dos fuegos, los mosqueteros se atemorizaron tanto que, si no fuera porque los

oficiales que iban al cargo les llamaron la atención y los obligaron a quedarse, ellos hubiesen huido.

De cualquier modo, pese a la inicial sorpresa que les representó el hecho de hallarse en medio de un fuego cruzado, los holandeses advirtieron muy pronto que nuestros arcabuces y nuestras escopetas de chispa no sólo tenían menos alcance que los disparos de sus mosquetes, sino que muchas de las veces nuestras armas no disparaban porque teníamos la pólvora húmeda, y comenzaron a envalentonarse.

El tiroteo siguió, a veces intermitente, a veces nutrido, hasta como a las once de la mañana.

Viendo, por mi parte, que estábamos como en un empate pero comenzando a correr un riesgo con el gasto de la pólvora y el agotamiento de las municiones, mandé un mensajero entonces para que fuera con el alférez a traer la caballería. La cual para ese momento ya había sido descubierta por un enemigo que se dedicó a explorar mientras el tiroteo se realizaba y lo había informado a su comandante.

Como nosotros estábamos en una lomita fuera del alcance de los mosquetes, vimos entonces, que el comandante holandés ordenó a su trompeta tocar retirada y, con gran orden, hay que decirlo y reconocerlo, pero disparando siempre, los piratas se fueron retirando hacia la playa y comenzamos a perseguirlos.

Su retaguardia sostuvo un pequeño encuentro, cuerpo a cuerpo, con nuestro grupo más avanzado en el que hubo heridos por ambos bandos, pero lograron zafarse y unirse a su grupo mayor, mientras el nuestro, que estaba en la otra ribera, hacía el intento de pasar hacia el lado nuestro.

Les faltaban unas cien varas para llegar a los médanos de la orilla cuando nuestra caballería hizo su aparición unas doscientas varas al norte y entonces sí los holandeses corrieron en estampida perseguidos por nuestros jinetes, pero con tan buena suerte para los rubios, que lograron saltar a sus botes

cuando la caballería apenas comenzaba a pisar la arena, gritando por cierto los nuestros, como si fueran indios los que pelearan.

A la grita, sin embargo, y ante los disparos que se iban escuchando cada vez más cerca, Spilberg y su gente en los barcos comenzaron a disparar algunos de sus cañones hacia la playa para proteger la huida de sus compañeros. Por eso, más tardaron en aparecer nuestros primeros jinetes sobre la playa que en tratar de dispersarse al estallar el primero de los disparos a solo diez varas de ellos.

El segundo de los cañonazos fue dirigido hacia nosotros, por lo que, para evitar ser dañados por los siguientes, unos echaron el pecho a tierra y otros corrimos a protegernos tras de los troncos más gruesos de los árboles inmediatos... Socorridos, pues, los mosqueteros por los cañones, remaron ya sin peligro a los barcos, pero sin provisiones también.

Spilberg debe de haber interrogado a los comandantes participantes en el zafarrancho para valorar los riesgos y sus necesidades. El caso fue que, en cuanto comenzó a soplar la brisa de la tarde, los navíos levaron anclas, hincharon sus velas y se fueron, doblando la costa, a buscar un nuevo cobijo en la bahía de Santiago. Acción de la que nos enteramos pronta y perfectamente, porque nuestros compañeros de la lancha que la víspera había mandado esconder, los vieron pasar desde su escondite junto a la bahía de La Audiencia, desde donde--- vinieron a comunicarnos la noticia antes de que cerrara la noche.

Mientras los holandeses se iban, contamos y recogimos muertos y heridos. De los nuestros resultaron heridos trece, pero no demasiado graves. Y lo que sí hubimos de lamentar fue la muerte de cuatro compañeros, entre ellos el alférez don Gonzalo Arias, a quien junto con su caballo lo alcanzó una bala de cañón en la playa. De los holandeses fueron ocho las víctimas iniciales: cinco que les hicimos en la primera rociada

de balas y tres más que les degollamos sobre el camino cuando iban batiéndose en retirada. Supusimos que llevaban más heridos porque en todo el camino estaban abundantes manchas de sangre...Hice traer a todos los cadáveres a la playa. A los nuestros les rezamos y los enterramos con honores. A los luteranos los enterramos también, pero sin rezarles y, antes de sepultarlos dejé que los soldados que lo quisieran les cortaran las orejas como trofeos y los despojaran de sus pertenencias y se las repartieran como botín de guerra.

Al rato un indio de Totolmaloya vino a decirnos que siete holandeses estaban escondidos cerca de un desmonte que tenía en un cerrito cercano, y mandé al sargento Alarcón con veinte soldados para que fuera por ellos bajo la guía del indio, quien con sus mañas de cazador hizo que nuestra gente los rodeara casi sin ellos sentirlo... Los mosqueteros se rindieron sin disparar y ya era de noche cuando el sargento los trajo hasta nosotros.

74 Disculpe, mi general, pero ya El Gordo Berrugo se quedó dormido en el equipal, y Gaspar y Leonora, sus negros, ahí están en la cocina dormidos en un petate.
75 ¿Quieren que suspenda el relato y nos vayamos a dormir?
76 No, general, yo no lo dije por eso, sino porque como El Gordo y sus negros madrugan tanto, pues pensé que a lo mejor deberíamos de dejarlos descansar a gusto.
77 Pues tan a gusto están que ni siquiera nos oyen, pero ¿qué hora será?
78 Para mí que ya han de ser como las nueve.
79 Entonces que siga el general con su relato.

Mientras en la oscura y silenciosa calle se escuchó de pronto el típico barullo que hacen los perros al perseguir un gato, y en la huerta de junto al río una lechuza emitió su

lúgubre canto desde lo alto de una palma de cocos, el general bebió el último sorbo del preparado que quedaba en la jarra y retomó el hilván de su historia:

Entre los siete hombres de Spilberg que nos trajeron había dos muy jóvenes, como de clase noble, que traían buenas ropas y orejas agujereadas con todo y aretes, pero que traían tambores muy bien timbrados. Les pedimos, por señas, como en plan de broma, que nos tocaran algunos redobles. Lo hicieron con tanta maestría que se me ocurrió enviárselos al virrey para que le sirvieran durante las ceremonias de fasto en la ciudad de México. Sin embargo a todos los siete interrogué a través de uno de mis hombres que medio entendía lo que ellos decían.

Gracias a él supe que los prisioneros no eran holandeses luteranos sino flamencos católicos que, según dijeron, habían sido forzados a enrolarse en la flota de Spilberg, por lo que, deseando liberarse de su sujeción al pirata, aprovecharon la confusión de la retirada para irse a esconder entre los árboles de Salagua.

Su historia parecía plausible. Entonces, para comprobar que realmente eran católicos, le pedí a nuestro improvisado intérprete que les solicitara que recitaran el *Credo*, el *Páter Nóster* y el *Ave María*. Tuvo él enormes dificultades para tratar de hacerse entender, pero finalmente pareció que los flamencos lo comprendieron y comenzaron a recitar a coro algo que parecían ser las oraciones, pero que ni siquiera nuestro intérprete pudo saber si eran las que les habíamos pedido, por lo rápido que las recitaban. En eso llegaron hasta nosotros los tres españoles que tenía comisionados cuidando la lancha, uno de los cuales, al ver y al oír los flamencos que teníamos presos, me dijo haber vivido cuando niño en Flandes y, que lo que el último de los flamencos estaba recitando sí era, en efecto, una de las oraciones que yo les había perdido. Por lo

que los perdoné y los invité a juntarse a nosotros, pero sin devolverles sus armas.

A través, entonces, de nuestro nuevo y más fluido intérprete, ellos me agradecieron la buena disposición que les mostramos, y me informaron que junto con ellos se habían escapado otros cuatro quienes seguramente estarían por ahí, perdidos, y pidieron permiso de ir a buscarlos por la mañana. Permiso que se les concedió sólo a dos de ellos, acompañados con el intérprete, cinco soldados nuestros y el indio que nos había servido de guía.

Mal dormimos esa noche por las magulladuras, el cansancio y los zancudos que, no obstante estar nosotros junto a fogatas muy bien dispuestas sobre la playa, de todos modos venían a picarnos.

Desayunamos temprano y muy pronto nos fuimos por un atravesadero hacia la bahía de Santiago a perseguir a los piratas de Spilberg, a donde, por estar muy cerca, llegamos en menos de una hora...Pensé que junto al arroyo que también ahí hay podrían estar proveyéndose algunos soldados de Spilberg y ordené marchar con gran silencio y cuidado, pero cuando llegamos a él no vimos a nadie, ni huella que evidenciara que alguien hubiese estado por ahí. Por lo que deduje que los piratas desconocían la existencia del dicho arroyo.

Los barcos, por su parte, estaban anclados en la bahía, pero lo suficientemente lejos de la orilla como para que nos atreviésemos a mostrarnos...Caminamos, entonces, un poco sobre la playa para dejarnos ver y nos encontramos tres cuerpos más de holandeses, hediendo ya para entonces muy feo; uno de los cuales, por su apariencia, tendría que haber sido un gentilhombre, capitán tal vez, que tenía dos heridas mortales y comprendimos que eran tres de los cuatro que no habían podido escapar.

Nos alejamos muy pronto de aquel espectáculo maloliente con un poco de miedo a la posibilidad de que los piratas nos dispararan algún cañonazo, pero nada hicieron, sino permanecer allí hasta que en la madrugada del día 15 sopló una buena brisa y se fueron, según supe una semana más tarde, a recoger agua y bastimentos al puerto de Navidad.

Con una parte, pues, de mi gente acampada en la playa de Santiago, y otra en la playa de Salagua, permanecimos nosotros también hasta asegurarnos que los barcos de Spilberg ya no volverían.

En el ínterin, el viernes 13, los buscadores localizaron vivo al cuarto de los flamencos perdidos. Se llama, lo recuerdo muy bien, Jusephe de la Eay, un hombre de las confianzas del Dutch Admiral, como ellos le dicen a Spilberg. Este Jusephe se mostró siempre rejego y no quiso, como sus compañeros, prestarse a colaborar con nosotros...Lo amenazamos entonces con darle garrote si no nos informaba de lo que sabía acerca de los planes de su almirante, pero ni se inmutó. Así que le armamos nosotros un teatro al colgar un grueso mecate de un palo, con el que comenzaron a darle unas apretaditas. Con éstas el valiente acabó por doblarse y comenzó a decir lo que sabía, pero nada nos dijo que desconociéramos, salvo los nombres de los prisioneros españoles que llevaban a bordo, incluidos dos frailes de la orden de San Francisco que iban en el barco del capitán Cardona. Luego nos reveló que él también es cristiano, bautizado creyente en la verdadera ley de Dios, sabedor de las oraciones y originario de Gante, pero no hereje, ni luterano, ni calvinista...Lo probamos para que rezara las mismas oraciones que a los otros. Bernardo Marcos y Felipe Fuentes, nuestros intérpretes, aseguraron que las había recita - do bien en flamenco y le dimos la opción de unirse a nuestro grupo. Invitación que por el momento, engañosamente aceptó, pero una noche posterior se nos desapareció el buen Jusephe, y eso fue todo lo que sucedió en Salagua.

A las once de la noche pasó el sereno de la ronda y gritó como de costumbre:"'¡Las ooonce y todooo serenooo!" El Gordo Berrugo se removió en su ancho equipal. Los amigos cerraron con cuidado la puerta de la fonda, caminaron juntos un trecho por la media calle bajo el manto de las estrellas, y se fueron separando para irse cada cual hasta su casa.

TESTIMONIOS Y REFERENCIAS QUE SIRVIERON PARA RECONSTRUIR EL CONTEXTO Y LA SECUENCIA DE ESTE RELATO

Comentario previo: Como la redacción de los textos fue hecha a principios del siglo XVII, tienen una sintaxis diferente a la que nosotros utilizamos. Así que, en función de ello, y de que a veces no quedan muy claros, modifiqué algunos párrafos y expresiones de los redactores, pero sin variar lo medular, agregando, cuando fue necesario algunos conectores que aparecen entre corchetes, y explicaciones que aparecen entre paréntesis. Se sugiere, sin embargo, para facilitar la lectura y su comprensión, leer como si no existieran dichos paréntesis ni corchetes.

Fuentes Primarias:

Uno El capitán español Nicolás Cardona, salió de Cádiz en 1614. Llegó a Acapulco a principios de 1615 y el 21 de marzo de ese mismo año salió de ese puerto hacia California "con tres navíos y una lancha", llevando una tripulación integrada por gentes de mar y tierra, y negros "que eran muy hábiles buzos", para el rescate de perlas.

Su expedición fue un éxito, por lo que, en octubre, creyó ser necesario dejar la lancha y dos de sus barcos en algún punto de

la costa californiana, e ir él, en suyo, a rendir el informe ante el virrey de la Nueva España, para recibir nuevas órdenes y proveerse, seguramente, de provisiones frescas y algunos indispensables avíos para su tripulación.

He aquí un fragmento adaptado de sus notas:

> [En octubre], habiendo hecho mi descubrimiento a la California y sus costas, volví con la Nao Capitana a dar noticia al virrey de lo que en aquella navegación se había visto...Tomé puerto en Salagua y, a finales de mes, yendo ya frente a las costas Zacatula, que son muy ásperas y con mucho tumbo de Mar, donde, por lo mismo, con mucho trabajo se llega a tierra, me encontré con cinco Galeones de Holandeses cuyo general era Jorge Spilberg. Reconocí que era la armada que se había dicho entró [al Océano Pacífico] por el estrecho de Magallanes... [Intenté evitarlas pero] por no haber viento para mudar derrota (cambiar de rumbo), quise varar el navío en tierra [para que no se lo pudieran llevar los piratas], pero tampoco pude, porque el enemigo echó cinco lanchas [al agua] con Veinte Mosqueteros en cada una, quienes a fuerza de remos y balazos vencieron mis diligencias. [Por lo que] fui forzado a salir [a la playa cercana] en la chalupa con algunas personas y otras que se echaron a nado y encima de una balsa...Y el enemigo se llevó el navío con algunos negros y marineros.

Con la gente que se salvó y salió a tierra con harto trabajo, y maltrechos de los golpes de la mar, fuimos a dar [a pie] en el puerto de Salagua, adonde el General Sebastián Vizcaíno lo estaba aguardando (a Spilberg)...[El cual] al cabo de doce días llegó a tomar Refres - co en el dicho puerto...con su armada (cinco navíos) y el barco de la California [mi barco], (al) que ya había armado [también], pero no desembarcó de inmediato, sino después.

Visto por el enemigo el silencio que había en tierra, creyendo no tener impedimento, desembarcó doscientos mosqueteros, y habiendo tomado un callejón de monte para salir al río y [a las huertas donde estaban los árboles] frutales, los españoles embistieron con él valerosísimamente, matándole en la primer rociada alguna gente, con lo cual se volvió a retirar a la playa debajo del abrigo de su artillería, que sí no hubiera sido por esto, la caballería [de Vizcaíno] pudiera haber aprovechado [para atacar] por la retaguardia.

[Sin embargo, Spilberg] húbose de embarcar y salir de ahí sin haber tomado agua ni ninguna otra cosa. [Cuando se fue] cogimos en esta ocasión algunos holandeses que se habían escondido en el monte a título de decir que eran cristianos y que los llevaban forzados".[5]

Dos. On the first day of November mild and perfectly calm weather set in, and continued until the 10th. Towards the evening of de latter day we cast anchor immediately before seaport named Selagues, situated in 19°. Our prisioners informed us that there was a river full of all kinds of freshwater fish, besides many lemons and other fruits, and that two miles from thence there was a pasture in whicht the cattle graze. In order to ascertain this, two boats filled with armed men were sent to the shore, and on arriving there they found the aforesaid and fruit trees, but also saw on the bank the footprints of many men who went shod; therefore they durst not go farther, buy (sic) came back on board. This made us think, by reason of de shoes, that it must be the Spaniards of Aquapolco; because our prisioners assured us that hereabouts there dwelt but two or three Spaniards in all, and that the country was inhabited by Indians.

For this reason the Admiral sent one of our prisioneres ashore in a boat with a letter, in which he expressed his sole desire amicably to obtain some cattle and fruits four de nourishment of his men; but as there was no one, the letter was hung upon de branch of a tree on the shore.

On the 11th we proceeded ashore with two hundred soldiers, placing some white flags in the bows of our boats as a sing of peace; but the Spaniards on the contrary, standing on the banks, waved a blue banner, and showed by sings that there was nougth for us but war.

As soon as we had come on shore a great band of Spaniards sprang out from the wood in which they had been concealed, falling with loud cries very suddenly upon our men, who, in the first moment, took fright, and, but the presence of some of our officers, would have fled; but afterwards, having taken courage, they stoutly charged the foe, so that he shortly after took to flight, our men not pursuing him further through fear for another ambush, buy (sic) returning to the boats, especially as some had little powder left.

In the encounter there were killed of the enemy one captain and many others Spaniards, there being moreover some wounded, and of our men there were only two killed and six or seven wounded.

On the 15th, the wind serving us, we weighed anchor and sailed to the port named Natividaet, which was situated only 3 miles off, and relied upon getting supplies of fresh water and fruit there without any danger.[6]

Tres. El pirata holandés Jorge Spilberg (Dutch Admiral Joris van Speilbergen), que con cinco navíos en corso (piratas) merodeaba por la Mar del Sur en busca del Galeón de las Filipinas, habiendo apresado el 26 de octubre frente a las costas de Zacatula un barco cargado de perlas y pescado, de la Compañía Pesquera de Tomás de Cardona, que de las Californias volvía al puerto de Acapulco, hizo un desembarco en Salagua el día 11 de noviembre en demanda de bastimentos, agua y leña. Como las autoridades de la Nueva España temieran mayores daños del pirata enemigo, una bien organizada defensa de Salagua comandada por el general Sebastián Vizcaíno, logró evitar que Spilberg consumara su propósito, trabándose entre piratas y soldados (defensores) un violento y nutrido tiroteo en el que hubo muertos de ambos bandos, huyendo los de Spilberg a sus barcos, sorprendidos ciertamente ante la resolución y eficacia de los defensores de Salagua ...Capturándose también algunos de estos aventureros a quienes se perdonó la vida ... Los cuerpos de los muertos en esta acción fueron sepultados en el pueblo de Salagua.[7]

Cuatro. Testimonios directos de algunos de los soldados participantes, elaborados en 1622:

El de Juan Carrillo de Guzmán dice:

> Fui alcalde de la Santa Hermandad en esta villa y su provincia, el año de 1615:

> y en el mismo año, habiendo en esta cosa y puertos della naos de enemigos, el general Sebastián Vizcaíno, a cuyo cargo era la defensa de ellos, me nombró por capitán de una compañía de caballos, con la cual me hallé en la ocasión y refriega que hubo con el enemigo holandés. No llevé gajes de su Majestad, porque ofrecí servirle a mi costa, como lo hice, y gasté de mi hacienda el tiempo que duró el campo, assí en mi persona como en algunos soldados pobres que alojaba.[8]

El de Rodrigo de Brizuela expresa:

> [...] y también fui capitán de una compañía de soldados que traje del Valle de Alima,(a) donde fui por ella por orden y comisión que me dio el general Sebastián Vizcaíno, y la llevé al puerto de Salagua.[9]

El de Gaspar Ramírez de Alarcón precisa:

> Declaro tener oficio de alférez real por nombramiento del general Sebastián Vizcaíno, y por haber servido a su Majestad, y confirmado por el excelentísimo señor marqués de Guadalcasar ... Asimismo, fui alcalde ordinario ... y teniente general desta villa y provincia, el año de 1615.[10]

A su vez, Domingo Vela de Grijalva, declaró:

> He sido electo por el cabildo alcalde ordinario [cinco veces en diferentes años]... Y teniente general [en tres ocasiones]; y quanto por el año de 1615 vino el enemigo holandés a ynfestar los puertos y costa del Mar del Sur, por nombramiento del general Sebastián Vizcaíno, y del capitán Rodrigo de Ybarra Ateguren, alcalde mayor que era en aquella ocasión, fui nombrado capitán de ynfantería de toda la gente y vecinos desta villa, y con ella fui al puerto de Salagua, y asistí todo el tiempo que duró el campo, hasta que se hizo a la vela el enemigo holandés; fui, asimismo, nombrado por tenedor y proveedor de los bastimentos necesarios para dicho ejército, y dellos tengo satisfecho y dado quenta con pago, como consta en la certificación que en mi poder tengo de los jueces officiales de la Real Hacienda de la ciudad de México; y actualmente soy cappitán de ynfantería desta villa, para las acciones que se ofreciere.[11]

Fuentes Secundarias:

Cinco. En esta ocasión, dice una probanza de 1620: "...murieron cuatro españoles cristianos y otros muchos de los dichos corsarios"...Y entre los españoles muertos estaba el alférez Gonzalo Arias (vecino de Sayula ...Cuyo cuerpo fue sepultado en el pueblo de Salagua".[12]

Seis. Los corsarios pichilingues llegan a Salagua. Después de la conmoción que el hecho produjo en nuestra provincia y en las vecinas, las improvisadas tropas de Colima... salieron a enfrentarlos, [yéndose) por Coquimatlan... Parece que [ya desde] entonces clamaban a la Virgen de Guadalupe como patrona y defensora de la villa de Colima y de los pueblos a ella sujetos.[13]

Siete. Vizcaíno acababa de regresar de una expedición al Japón, enviada por el virrey don Antonio de Velasco (hijo), llevando el carácter de general, regresando a Zacatula en 1614, de donde había pasado a Colima.[14]

Ocho. Comisionado por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales para atacar e interrumpir el comercio entre la Nueva España y las Filipinas, Joris van Speilbergen zarpó de Tessel, Holanda, en 1614, al mando de una flota compuesta por seis navíos: el Groote Sonne (El Sol) era la nave capitana, armada con 48 cañones; le acompañaban Grotte Maane (La Luna), de igual capacidad que la anterior, y cuatro barcos menores llamados Morgensterre, Aeoulus, Jaeer y Meeuwe.

En agosto de 1615 ya corría por toda la Nueva España la noticia de la presencia de Speilbergen en las costas sudamericanas, donde saqueó puertos de Chile y Perú, tomando españoles como rehenes, que posteriormente, en octubre, canjeó por víveres y agua en el puerto de Acapulco. Allí, debido a lo limitado de las defensas con que contaba entonces el puerto, las autoridades prefirieron negociar con el pirata; pero una vez que zarpó, de inmediato procedieron a organizar la defensa del resto de los puertos del Mar del Sur, poniendo las milicias al mando del capitán Sebastián Vizcaíno. (Quien, siendo) marino conocedor de las costas del Mar del Sur, sabía bien (o supuso bien) hacia dónde se dirigiría Speilbergen al salir de Acapulco; así que tomándole la delantera partió hacia Colima. El y sus hombres se encontraban

ya en Salagua cuando, el domingo 8 de noviembre, los vigías de Motines avistaron la flota pirata, que iba con rumbo norte...[15]

NOTA FINAL. Los hechos, como se ha visto, fueron estrictamente históricos, pero su relación aparece fragmentada y a veces contradictoria de acuerdo a los testimonios. Yo, lo único que intenté, fue tratar de reunir los datos y atar los cabos que quedaron sueltos haciendo intervenir a los hombres que en ese momento eran los más prominentes que habitaban en la Villa de Colima, varios de los cuales, en el año 1622 tuvieron que hacer, como funcionarios o ex funcionarios del gobierno de la Alcaldía Mayor y de la Villa de Colima, una especie de declaración patrimonial, donde, entre otras cosas, comentan de su participación en el evento descrito, junto con el general Vizcaíno, del cual, como nunca se mencionan sus barcos (y tampoco aparecen en los mapas que el capitán Cardona hizo en este caso de Salagua y de Navidad), debe de creerse que andaba en esos momentos comisionado en tierra. Lo demás es simple contexto para reconstruir (y novelar) la historia.

NOTAS

1 Florentino Vázquez Lara.2000.*Colima Virreinal,* Sociedad Colimense de Estudios Históricos, Secretaría de Cultura, Colima. p. 84.

2 *Ibidem*, p. 84.

3 Jerónimo Martín Palacios. 1602. *Descripción de la Costa de Colima.* Aparece en Documentos para la Historia de Colima, Siglos XVI–XIX, coordinado por José Antonio Cal derón Quijano, Colección Peña Colorada, págs. 110–111. Cabe hacer notar que la laguna de Cuyutlán se concesionó desde finales del siglo XVI al Ayuntamiento de Colima, para que lo utilizara como su "pesquería".

4 Felipe Sevilla del Río, *Prosas literarias e históricas.* 1974. Edición de autor. Tipográfica Benito Juárez, México. p. 168.

[5] Nicolás Cardona. 1632. Descripción de la costa de Colima, correspondiente al viaje de 1614–1615, aparece en la selección de Documentos para la Historia del Estado de Colima, Siglos XVI-XIX, hecha por José Antonio Calderón Quijano, Colección Peña Colorada, 1979, págs. 113 – 116, más mapas. De los que es clave el que aparece en la p. 122.

[6] Joris Van Speilbergen, *Descripción de la costa de Colima*, 1614 – 1617, aparece en la selección de Documentos para la Historia del Estado de Colima, Siglos XVI-XIX, hecha por José Antonio Calderón Quijano, 1979.Colección Peña Colorada. pp. 125 – 126.

[7] *Op.cit.*, p. 168.

[8] Juan Carlos Reyes Garza.1997. *Por mandato de su majestad Inventarios de bienes de Autoridades de Colima, hechos en 1622*. Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado, Colima. p. 54.

[9] *Ibidem*, p. 42.

[10] *Ibid..*, p. 155.

[11] *Ib.*, p. 172.

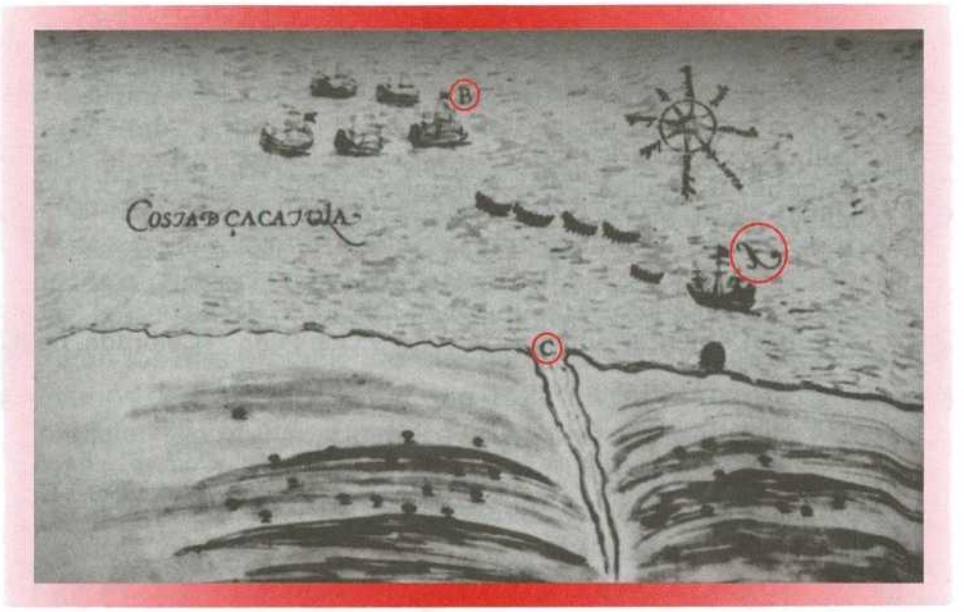
[12] Felipe Sevilla del Río, *Probanza de Colima*, impreso en Editorial Jus, México, 1977, p. 139. Hay más datos en Fray Antonio Tello, *Crónica Miscelánea,* L. II, Cap. III, p. 350 - 352.

[13] Florentino Vázquez Lara. 2000. *Colima Virreinal*, Imprenta del Gobierno del Estado, Colima. p. 24.

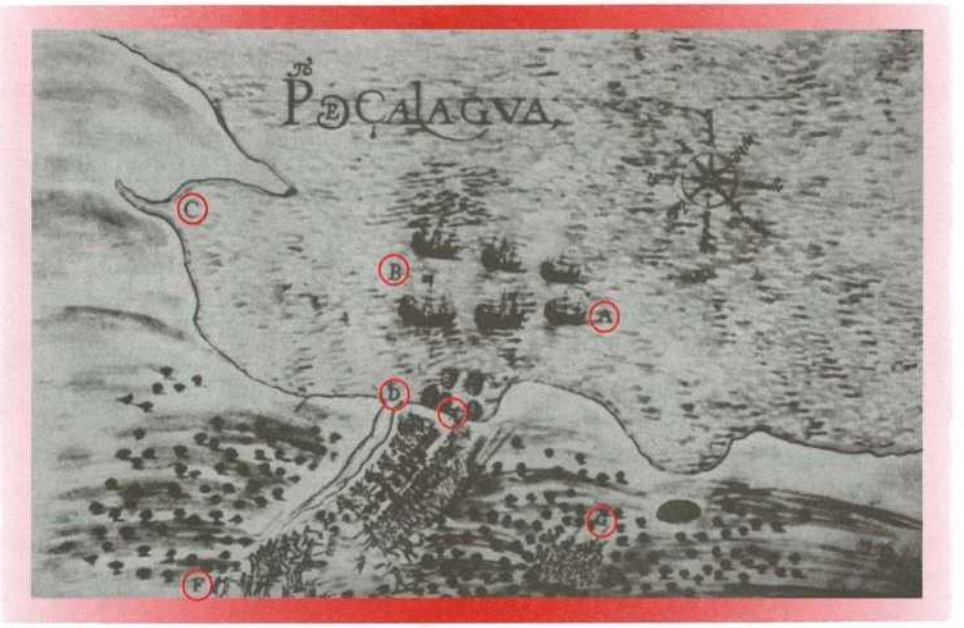
[14] Ricardo Guzmán Nava..1973. *La Colonia*, Gobierno del Estado, Colima, p. 172.

[15] Juan Carlos Reyes Garza, 1995. *La antigua provincia de Colima,* Siglos XVI-XVIII, U. de C., CONACULTA, Gobierno del Estado de Colima. p. 78-79.Documentándose en la "Descripción de la costa de Colima, 1602", págs, 109 – 112, en "Piratas en la Costa de Nueva Galicia en el siglo XVII", de Mathes, W. Michael, Guadalajara, México, Librería Font, Documentación Histórica Mexicana, No. 6, 1976.

José Abelardo Ahumada González. Cronista municipal de Colima, investigador de la Secretaría de Educación, Miembro de la Sociedad Colimense de Estudios Históricos, de la Academia Colimense de Filosofía y Ciencias, y de la Academia Colimense de Periodistas y Escritores. (Recepción: 04-11-06. Aceptación: 10-02-07).



Costa de Zacatula. A. El navío del descubrimiento y su lancha. B. La armada del enemigo. C. El río de Zacatula. Descripción del capitán. Cardona, folio 133.



Puerto de Salagua. A. El navío de la California. B. La armada del enemigo. C. El estero. D. La boca del Río. E. La gente del enemigo. F. Los españoles. G. La caballería. Descripción del capitán Cardona, folio 137.

La bahía de Navidad, a donde fueron los holandeses después de haber sido expulsados de Salagua, Diario de Speilbergen, 1615, Hakluyt, 1906, plate 15.

Representación del combate de los holandeses contra los españoles en Salagua, Diario de Speilbergen, 1615, Hakluyt, 1906, plate 15.

Las bahías de Santiago y Salagua, durante el desembarco de los holandeses. Diario de Speilbergen, 1615, Hakluyt, 1906, plate 15.